

novela. (En su prólogo, el novelista condena a los literatos que defraudan al público y añora el día en que un escritor ponga punto final a lo que hoy no es sino timo y estafa. Implícitamente, Cela reconoce no ser ese escritor. Pero entonces, si todos los escritores son unos incapaces que se cruzan de brazos ante la agonía de la auténtica literatura, y Cela no es el Mesías salvador, ¿no nos estará estafando también él, que sin duda tiene dotes brillantes de escritor? ¿Y no seremos todos, lectores y críticos, unos ingenuos que nos escandalizamos de sus desplantes, cuando éstos, como procedentes de una criatura de su propio mundo monstruoso, no vendrían a ser sino trucos para disimular cierta incapacidad radical e invencible?).

Haciéndose eco de Fernández Molina, Foster relaciona a Cela con Larra: con las diferencias inherentes a la diversidad de épocas, los dos —dice— son costumbristas que tienen preocupaciones análogas. Pero Larra, escritor de espíritu combativo y lleno de ímpetu reformador, se preocupó por la España retrógrada y aburguesada de su tiempo y puede ser considerado un auténtico precursor de los hombres del 98, mientras que en Cela, como Foster mismo reconoce, no hay crítica de España, ni de su sociedad, ni de sus instituciones. Para él, “el hombre es el hombre, independientemente de su ambiente social” (p. 132), y por eso en su obra no hay crítica, sino mera descripción de lacras. Cela no sólo no combate los males de España, sino que más bien parece, muchas veces, regodearse en ellos. Es un observador indiferente e irónico, no un reformador.

Hay que reconocer, sin embargo, que Cela es el novelista español más completo que ha surgido en la post-guerra y, sobre todo, “el mejor artífice de la lengua” (p. 146). Verdad es que, como observa Foster, durante el último lustro de la actividad novelística por él estudiada en su libro, el adelanto técnico de su obra llegó a un punto muerto; después de alcanzar un punto máximo de virtuosismo, dejó de hacer verdaderas aportaciones al género novela. Para él es más atractiva la forma que el tema; la distancia que logra poner entre el lector y la obra produce una impresión de objetividad y aun de frialdad; en las últimas novelas sobre todo, su visión de los personajes es caricaturesca y su posición frente a ellos es de una superioridad que se manifiesta como cinismo o sarcasmo; la estructura de sus obras se aleja lo más posible de las formas tradicionales. “Las novelas de Cela son formas libres” (p. 159). Tal es el resultado objetivo del serio, concienzudo y honrado estudio de Foster sobre las nueve primeras novelas de Camilo José Cela.

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE

Universidad Iberoamericana (México).

ANTONIO SERRANO DE HARO, *Personalidad y destino de Jorge Manrique*. Gredos, Madrid, 1966; 381 pp. (*BRH, Estudios y ensayos*, 93).—Este libro nos da a conocer una serie de detalles que por lo común no se mencionan: los problemas económicos de Jorge Manrique, sus conflictos matrimoniales y familiares, el hecho de que don Rodrigo era la cabeza en su propia familia, mientras que en la familia política de don Jorge era su suegra quien manda-

ba; también otros particulares curiosos, como su enemistad con su cuñada, que era a la vez su madrastra, etc. Pero nos ofrece, además, un pormenorizado relato histórico de la época, un cuadro de la sociedad, las guerras, los problemas sucesorios de la monarquía (que se relacionan alguna vez con hitos de la vida de Jorge Manrique), un estudio de la obra del poeta, un epílogo sobre su muerte, etc. En general, todo esto le da al libro un carácter algo heterogéneo, sin que ello signifique que no esté bien estructurado y bien trabajado. Supone en sí una detenida labor de investigación, aunque tal vez sus fines no sean proporcionados a la tarea propuesta. Es una obra simplemente no especializada, y dirigida a un público incierto. No puede ser de interés fundamental para un historiador, ni para un investigador literario, ni tampoco, por su mucha erudición, un libro para el gran público.

La intención declarada, "leer el poema desde dentro del autor y a su vez leer al autor desde el poema" y, sobre todo, "vivificar su nombre" (p. 49), creo que se desvirtúa un poco al perderse la figura de Manrique en un mundo de historia que a veces sofoca casi completamente su poesía. Como afirma Serrano de Haro, los datos biográficos sobre el poeta son pocos, y aunque él, tras una plausible y concienzuda búsqueda, ha conseguido algunos "escasos" más, no son todavía suficientes para llegar a afirmaciones o especulaciones tan concretas como éstas: "no creo que ofrezca dudas la religiosidad de Jorge Manrique" (p. 73); "seguramente le faltaba atractivo" (p. 79); "el mundo femenino... le daba una inseguridad..." (p. 79), etc. El "antisemitismo" de la familia Manrique (p. 131) ¿se distinguía acaso de la corriente general de la época? Por otra parte, el desmenuzamiento, casi físico a veces, de la vida del poeta lleva a conclusiones un tanto decepcionantes. El autor duda, por ejemplo, que puesto en otra época, en otro ambiente, y sin el anhelo de fama que distinguía a todos sus contemporáneos, Jorge Manrique hubiese sido un poeta (p. 265). ¿Es posible llamarlo un gran poeta, uno de los más grandes de España, si su inspiración obedecía sólo a una "moda" temporal?

Terminaré con algunas observaciones sueltas. Afirma Serrano de Haro (no sin cierto regocijo) que Manrique no fue un poeta culto: no hay —dice— ninguna prueba de que estudiara latín o italiano, por ejemplo. Y, contradiciendo a Pierre Le Gentil, para el cual la cultura de Manrique es equiparable a la de Mena, hace un rápido recorrido de los latinismos que figuran en su obra, para concluir que son comunes a otros escritores de la época. En cuanto a la comparación de nuestras vidas con los ríos, afirma que no tiene más antecedente que un pasaje del Canciller Ayala (p. 280). El juicio de Stephen Gilman sobre las *Coplas* —que no serían un canto a la muerte, sino un canto a la vida— es rechazado tajantemente: "Y si ante la opinión de Gilman cabe una discrepancia en el grado de valoración del contraste, no creo que quepa en la apreciación de su sentido mismo" (p. 302). Una parte del capítulo cuarto se dedica a un análisis más particular de las *Coplas*. Pero este análisis se difumina en conceptos generales, cuando no en comentarios que en el mejor de los casos se quedan en la esfera subjetiva, como éstos: "La composición de las *Coplas* recuerda al Entierro del Conde de Orgaz... En las *Coplas* el escalofrío es digno por ascético, no está plenamente redimido por la gracia... ¡Cuánto más tangible la inmortalidad humana en el cuadro que en el poema!" (p. 319).—PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE (Universidad Iberoamericana).

LEIF SLETSJÖE, *Sancho Panza, hombre de bien*. Instituto Ibero-Americano, Gotemburgo; Ínsula, Madrid, 1961; 136 pp.—El título de este ensayo promete